

el sol se enluta, que la tierra tiembla, que las piedras se parten, que se abren los sepulcros, que se rasga el velo del templo, que las criaturas insensibles muestran sentimiento en la muerte de su Criador; y ¿solo vosotros, por quienes Dios padece y por quienes la Virgen se compadece, no dais muestra de sentimiento? ¡Oh dureza incomprendible! ¡oh monstruosidad de la ingratitud mas detestable! ¿Qué os falta, pues, pecadores envejecidos en la maldad, sino que tomeis la lanza de nuevas culpas en este santo tiempo, y aunque veais muerto á Jesucristo y separada de su cuerpo su alma bendísimísima, le partais con ella el corazón, traspasando al mismo tiempo el alma de su Madre? Llega, joven libertino, acércate, casado impuro, ven, hombre injusto, congregaos, pecadores, para precisar á la Virgen á agotar hasta las heces del mas amargo cáliz de su dolor, en la lanzada que traspasó el pecho de su Hijo amado despues de muerto. Corred, no os detengais, acercaos armados del furor y de la rabia contra Jesucristo y su Madre. Pero no, pecadores de mi alma, no os abalanceis á una crueldad tan bárbara. Respetad la santidad de este tiempo, la santidad de los misterios que en él se celebran, la santidad de las almas que concurren al templo para adorar á Dios en espíritu y verdad, agradecer sus misericordias, temer sus castigos y esperar sus recompensas. Desterrad de vosotros los pecados y uníos en espíritu á la santa congregacion de los fieles. Llorad en su compañía por vosotros y vuestras culpas, ya que no lloréis por la pasion y muerte de Jesús, y los dolores de su Madre María santísima. Llorad con lágrimas de verdadera contricion vuestros desórdenes. La Virgen las presentará á su Hijo amado: Jesús las admirará gustoso, os dará su gracia; y obrando vosotros con ella el bien hasta la muerte, será vuestra la corona de la eterna vida, que á todos deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

## ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE

## LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

*Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus. (Joan. XIX, 25).*

Estaba junto á la cruz de Jesús su Madre.

1. ¿Á qué venís..., qué buscáis en la casa del Señor? ¿Deseais la gracia...? Pues acercaos... Ahí está María, no ya..., sino llena de dolor... Amarguras de Noemi..., lamentos de Raquel...
2. Desconsuelos, penas y aflicciones; angustias, desamparos, etc., etc. Esto es lo que esperais oír en este día. Voy á cumplir vuestros deseos presentándoos á María al pié de la cruz... Os mostraré que en tan congojosa situacion María...
3. *Invocacion*: Virgen dolorosa, alcanzadme...

*Única reflexion*: María al pié de la cruz se mostró digna Madre de Dios y de los hombres. En la imitacion de sus virtudes consisten nuestra dicha, nuestra ventura y nuestra gloria.

4. El dolor está siempre en proporcion con el amor... No ha habido ni puede haber madre que ame tanto á su hijo como amó María á... ¿Qué no haria, pues, en su corazón la plenitud del divino amor...? Indecibles son sus penas... Sin embargo aun podemos decir lo bastante...
5. Dios crió á María para amar y padecer... Con su divino Hijo fue no ya un horno, sino un océano de amor..., y conociendo que aquel vino para padecer, quiso ser ella su vivo retrato y...
6. Nada diré de la primera..., ni de la segunda..., ni de la tercera espada de dolor... Dolores mas acerbos deben ocupar nuestra atencion... Vamos, vamos al pié de la cruz... Pero ¡ay! qué...
7. No hay duda que Jesús comunicaria á su Madre las circunstancias de su pasion como las habia comunicado á... Contemplad á Jesús dando el último *adios* á su santísima Madre... ¿Habría quien pueda formarse una idea de...? Lágrimas de David... de la madre de Tobías... Para lo incomprendible no sirven los ejemplos...



8. Jesús en Getsemaní... En casa de los pontífices... En el Pretorio... María todo lo sabe, todo lo siente... Cargan, por fin, la pesada cruz sobre los desollados hombros de... María sale en busca... Le encuentra... Madre é Hijo se miran..., callan...

9. Llega, en fin, Jesús al Calvario... María logra situarse en... ¡Ángeles que..., venid y continuad esta predicación... Venid, ó suba á este púlpito un Crisóstomo, un...

10. María ve que... Ve... Pero ¿qué digo ve? Siente... Ella padece y sobrelleva todo el peso... Mira Jesús á María desde el árbol... Palabras que dice en la cruz... Dicho esto, inclinó la cabeza y... ¿Cómo quedaría la Virgen...? San Agustín, san Jerónimo, etc. ¿Hay ni puede haber despues de esto uno solo entre vosotros, que...? Solo por milagro pudo María sobrevivir á...

11. Murió Jesús... El sol se oscurece, la luna... María no pierde de vista al cadáver de... La lanza de Longinos abre el costado de Jesús, y atraviesa el corazón de... ¿Qué harémos para consolar...? ¿qué podrémos hacer...? Si le decimos que..., que el mundo queda redimido... Bien, responderá ella, pero el Señor quiere... Ven, Hijo mio,... Sepultaron, por fin, al Señor, y María se retiró á sufrir los dolores de la soledad...

12. Así se mostró María digna Madre de Jesús, y digna Madre de los hombres. De Jesús, porque sufrió... De los hombres, porque consintió... María amó á su Hijo..., padeció con él... Imitemos su paciencia, su piedad, su... Acudamos con ella al pié de la cruz... Así y solo así ó tendrémos la dicha del buen ladrón, ó la de san Juan... En ambos casos aseguramos nuestra dicha, nuestra ventura y nuestra gloria...

13. *Deprecacion*: Haced, Madre dolorosísima, que... Infundid en nuestros corazones...

## SERMON III

SOBRE

## LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

*Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus. (Joan. XIX, 25).*

Estaba junto á la cruz de Jesús su Madre.

1. ¿Á qué, amables oyentes, á qué venís hoy á este santo templo? ¿Qué buscáis en la casa del Señor en este día? ¿Deseáis por ventura la gracia que Dios concede á los que se la piden por medio de su santísima Madre? Pues, acercaos, acercaos, que allí la tenéis dispuesta para abriros los tesoros del Omnipotente y enriqueceros con dones celestiales. Ahí está para vuestra dicha, no ya la Virgen que en su concepción purísima se os presentó maravillosa, como la zarza de Moisés, como la vara de Aarón, ó como la aurora de la mañana: no aquella hermosa criatura que en su natividad gloriosa llenó de gozo á todo el mundo; ni la jóven admirable que presurosa atravesó las montañas de la Judea para llevar á la casa de Zacarías tantos bienes, gracias y beneficios, sino la Madre del dolor y de la aflicción, que atribulada en las angustias de la muerte, tiene atravesada su santísima alma con la espada cortante que le anunció el santo Simeón. ¿No es esto lo que nos representa esa sagrada imágen, expresión del mas profundo dolor y de la pena mas aguda y tormentosa? ¡Ah! bien sabéis que la Iglesia santa celebra en este día los dolores de María santísima, y que desde este sitio no pueden salir hoy mas que palabras de desconsuelo, especies lúgubres, tristes lamentaciones, lágrimas y llantos dolorosos. Demasiado convencidos debéis estar de que hoy deben resonar en este santo templo las amarguras de Noemi, las sentidas quejas de la madre de Tobías, los lamentos de Raquel y los extremos de dolor que hicieron las madres de los santos inocentes cuando los pasó á cuchillo el sanguinario y cruel Herodes.

2. Desconsuelos, penas y aflicciones: angustias, pesares y desamparos: la copa de la amargura agotada por la Reina de los Már-



tires: Dios atribulando omnipotentemente á María santísima, y esta Madre de Jesús bebiendo con resignacion el amargo cáliz que el eterno Padre propina á sus escogidos: la Esposa del Espíritu Santo padeciendo, sufriendo, llevando todo el peso de las penurias que costó nuestra redencion, y enseñándonos con su ejemplo á sufrir y padecer para merecer la gracia y conseguir la gloria... Estas, estas son las cosas que esperais oír del orador cristiano en este dia, y no, no seré yo el que os defraude en tan piadosos deseos, ni el que os extravie de tan santos pensamientos. Os presentaré á María santísima al pié de la cruz de su santísimo Hijo, y haciéndoos entender que allí se reunieron como en compendio todos sus dolores, manifestaré que en tan congojosa situacion se mostró digna Madre de Dios y de los hombres, y que en imitar sus virtudes consisten nuestra dicha, nuestra ventura y nuestra gloria. El Padre de las luces quiera dar virtud á mis palabras para que cuanto os diga ceda en honor y gloria suya, aprovechamiento de vuestras almas, y justa alabanza de la que elogió el Evangelista con solo decir: Estaba junto á la cruz de Jesús su Madre: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.*

3. Virgen dolorosa, alcanzadme la gracia que necesito para hablar dignamente de lo que padeció vuestra santísima alma al pié de la cruz de vuestro divino Hijo, y dirigidme en el propósito que he formado de inclinar á mis oyentes hácia la imitacion de vuestras virtudes. Suspended, Señora, por un momento la consideracion de vuestras penas, dolores y lágrimas, y recordad la salutacion que oísteis al Ángel cuando os dijo: *Ave María.*

*Única reflexion: María al pié de la cruz se mostró digna Madre de Dios y de los hombres. En la imitacion de sus virtudes consisten nuestra dicha, nuestra ventura y nuestra gloria.*

4. ¡Oh vosotros, fieles, que conoceis y sabeis lo que es amar! Decidnos: ¿No es cierto que el dolor que causan las desgracias y conflictos de la persona amada está en proporcion con este mismo amor? ¿No es verdad que la Escritura santa, para explicar la intension de un vivísimo dolor, no halla frase mas á propósito que la de compararlo con el que aflige y atormenta á una tierna madre, que llora la pérdida del único hijo de sus entrañas? Pues, fijad este doble principio de la naturaleza y de la gracia en vuestras almas, y ayudadme á deducir de él la magnitud de los dolores que atormentaron á la hija de Sion; á esa Virgen afligida que arrebató vuestra

atencion en estos momentos. Entended que no ha habido ni puede haber madre que ame á su hijo tanto como María santísima amó al suyo: que se unieron en esta Virgen prodigiosa los dos mas finos amores que pueden imaginarse; el que profesaba á su santísimo Hijo, por ser el fruto bendito de su vientre virginal, y el que le tenia por ser su Dios y Señor: y que ambos la tenian tan unida con su Jesús divino, que no habia quien pudiera separarla de él. ¡Oh Santos, que abrasados con el fuego de la caridad érais tan atormentados con la contemplacion de los trabajos que sufrió Jesús en su dolorosa pasion y muerte! Si una parte diminuta del amor que ardia en el purísimo corazon de María causaba en vosotros tantos estragos; ¿qué no haria en esta Virgen la plenitud del divino amor con que nuestro Redentor quiso abrasar los corazones de los hombres? Esto es incomprendible; y así lo aseguran los santos Padres, así lo confiesan los fieles, y así lo siente la Iglesia. Se trata, pues, de dolores incomprendibles, de mares de amargura, de torrentes de afliccion sobre los alcances y capacidad de los hombres y de los Ángeles. Son de consiguiente indecibles las penas de esta Reina de los Mártires: y sin embargo aun podemos decir lo bastante para demostrar que, en las que sufrió al pié de la cruz de Jesús, se mostró digna Madre de Dios y de los hombres, y que si la imitamos en sus virtudes, aseguramos nuestra dicha, nuestra ventura y nuestra gloria.

5. El Omnipotente crió á esta Virgen pura para amar y padecer; para hacer su santísima voluntad, y merecer con su gracia la sublime dignidad y grandeza á que la elevaron sus méritos y virtudes. Despues de que por obra y virtud del Espíritu Santo concibió en sus purísimas entrañas al divino Verbo, fue con él, no ya un horno encendido de amor divino, sino un océano inmenso de caridad tan ardiente y fervorosa, que por ella fue mas accepta y agradable á los ojos de Dios que cuantas criaturas han salido de sus manos. Conocía que su santísimo Hijo habia venido al mundo para salvar y redimir á los hombres á costa de los mayores dolores, afrentas, oprobios y aflicciones; y sabiendo que sin padecer y sufrir no puede haber gracia en esta vida ni gloria en la eterna, pidió y obtuvo de Dios todos los dolores, angustias, desamparos y desconsuelos necesarios para ser un vivo retrato de Jesucristo y el mejor ejemplar y modelo de paciencia, de sufrimiento y resignacion en la voluntad divina.

6. No me detendré en la primera espada de dolor que atravesó



el alma de esta Virgen inocente cuando con el terrible anuncio del santo Simeon fue precisada á considerar siempre á su querido Hijo bañado en sangre, despedazado, humillado oprobiosamente, y hecho de peor condicion que un leproso, como lo vió Isaías. Tampoco me ocuparé de las angustias, temores, conflictos y sobresaltos que la *segunda* espada de dolor ocasionó á esta tierna Madre cuando el cruel y sanguinario Herodes amenazó la vida de Jesús, y tuvo que alejarse de su amada Sion y huir con su Niño á tierra extraña é idólatra por salvarlo. Ni mi voz se hará oír para declarar la herida que abrió en el corazon de María la *tercera* espada de su dolor cuando perdido su amantísimo Jesús lo buscó de dia y de noche sin encontrarlo. Solamente hago mencion de estas tres espadas de dolor que hirieron mortalmente á esta Virgen prodigiosa, para que las tengais presentes y podais arreglar vuestra conducta por la suya en lances análogos, y asegureis de este modo vuestra dicha, vuestra ventura y vuestra gloria. Desconsuelos mayores, dolores mas acerbos, desamparos y calamidades superiores deben ocupar nuestra atencion en este dia, segun el propósito que os he indicado. Vamos, vamos al pié de la cruz de Jesús: subamos al monte de la mirra y de los ajenjos; apresuremos nuestros pasos hácia el Calvario... Pero, ¡ay! que no nos es dado llegar á la cima del monte santo sin pasar antes por un mar de amarguras; sin sufrir suplicios horrorosos; sin recibir las saetas de la muerte que arroja el cielo sobre los que tratan de aplacar la divina Justicia irritada contra el pecado!

7. Si nuestro amable Redentor anunció varias veces á sus Apóstoles las circunstancias de su pasion y muerte, para que cuando las vieran cumplirse estuvieran prevenidos, y no se escandalizasen; ¿dejaría de comunicarlas á su querida Madre y despedirse de ella para ir á cumplir la voluntad de su eterno Padre en el gran negocio de nuestra redencion? No, dicen unánimes los santos Padres: el Evangelista dice que Jesús estuvo sujeto y obediente á sus Padres, y ni aun imaginarse puede que emprendiese la carrera de su dolorosa pasion y muerte sin la vénia, consentimiento y expresa voluntad de su santísima Madre. Considerad, pues, á Jesús en la presencia de María para hablar por última vez con ella. Contemplad al Hijo del Altísimo derramando su alma sobre la de su tierna y amorosa Madre, en el terrible lance de despedirse de ella para ir á sufrir y padecer los infinitos dolores y tormentos de su acerbísima pasion y muerte; y decidme si puede darse en persona alguna

ocasion de mas tristeza, dolor y sentimiento. Jesús, el unigénito del Padre, el consuelo de la Madre mas tierna y cariñosa, que habia vivido con él treinta y tres años con suma paz, amor y caridad... ¡Jesús, dando el último *adios* á su santísima Madre para entregarse en manos de pecadores, y ponerse á la merced de los verdugos mas fieros y desapiadados! ¡María despedida y apartada de su santísimo Hijo destinado al sacrificio mas horroroso y repugnante! ¿Habrá lenguas de hombres ó de Angeles que nos hagan formar idea de los estragos que esta *cuarta* espada de dolor hizo en el corazon de esta Virgen angustiada? ¿Qué importan las lágrimas que derramó David por la separacion de su amigo Jonatás, ni las de la madre del jóven Tobías, para explicar las penas, dolores y aflicciones que atribularon á María cuando vió á su santísimo Hijo correr tras los tormentos y la muerte, que le pedia el cielo como precio de nuestros pecados? Para lo incomprendible é inexplicable no sirven los ejemplos, no alcanzan las imágenes, son insuficientes las ideas limitadas. Pedid al Padre celestial que os dé luzes para conocer el dolor que afligió á esta Virgen santa en el lance de despedirse de su divino Jesús cuando iba á sufrir, á padecer y morir por nosotros, y vamos caminando hácia el Calvario.

8. Cuando despues de los misterios del cenáculo marchó nuestro Redentor al huerto de Getsemaní, María santísima llena de pena y afliccion buscó los lugares mas secretos para llorar amargamente su dolor. Jesús cargado con todos los pecados del mundo se presentó al eterno Padre para satisfacer por ellos: la divina Justicia lo miró con horror; descargó sobre el justo un golpe omnipotente, y el Hijo de María se halla en una agonía tan angustiada, que suda gotas de sangre hasta regar con ellas la tierra. Todo lo percibe la Virgen Madre, y sufre y padece lo que no puede decirsel Prenden á Jesús: lo atropellan y maltratan; lo llevan á los tribunales en que es injuriado, herido y blasfemado: es presentado en el Pretorio, interrogado y despreciado: lo azotan cruelísimamente; lo coronan de espinas; lo escarnecen como á un rey de burla; lo presenta Pilatos al pueblo sin figura de hombre, y á peticion de la plebe amotinada lo sentencia á morir crucificado en medio de dos ladrones. María todo lo sabe, todo lo siente; porque las venas del corazon de Jesús están tan acordes con las del de su santísima Madre, que tocadas ó heridas las unas, vibran y hacen eco las otras. Imaginad, pues, lo que la Madre del dolor padecería en todos los lances y encuentros de la sagrada pasion: considerad la altísima



contemplacion en que se ocupa la Reina del cielo recordando las últimas palabras que la dirigió su santísimo Hijo, y sintiendo amarguissimamente los padecimientos de nuestro Redentor; y decidme si puede haber un dolor semejante á su dolor... Ponen por último la pesada carga de la cruz sobre los desollados hombros del Cordero immaculado, y á golpes, á empellones y á palos, como si fuera una bestia, se la hacen llevar hácia el monte en que debe ser sacrificado. Lo sabe María, y María deja su retiro: sale á las calles, busca, como la esposa de los Cantares, al que amaba su alma; lo encuentra en la calle de la Amargura, desconocido, afeado, exánime, repleto de heridas, dolores y tormentos. ¡Mira la Madre en esta situacion á su Hijo, y el Hijo mira á su Madre! Callan por la grandeza de la pena que los afligia; pero se entienden, se conduelen, se llenan de amargura, y yo tengo un derecho para preguntaros: ¿Cabe en la comprension humana y en la capacidad angélica la pena que afligió á María santísima cuando esta quinta espada de dolor atravesó su alma? ¿No veis en estos golpes martirizantes, con cuánta razon se comparan los dolores de esta Virgen á las olas encrespadas de un mar agitado y borrascoso, en que las últimas son vencidas por la superioridad de las otras? Pues renovad vuestra atencion, que ya estamos cerca del lugar á que quiero conducirlos.

8. Al fin llegó Jesús al monte Calvario del modo y manera que expresan los santos Evangelistas. La montaña está ocupada de ministros de justicia, de soldados y gentes que llevaban los instrumentos del martirio que iba á sufrir el Santo de los Santos: María santísima logra situarse en un punto proporcionado para ver al Hijo de sus entrañas, y... ¡Ángeles que llorais amargamente, venid, venid y continuad esta predicacion; porque los hombres se ahogan y no pueden seguir atravesando los abismos de penas, dolores y aflicciones del Gólgota! Venid, ó suba á este púlpito un Crisóstomo, un Ambrosio, un Bernardo, ó uno de los Doctores iluminados por Dios, que haga entender á mis oyentes los dolores y tormentos que afligieron á María santísima en el monte de la mirra... ¿He de ser yo el designado por la divina Providencia para hablar en este dia de los dolores que atravesaron el corazon amantísimo de esa Virgen desolada al pié de la cruz de su divino Hijo? Pues renovad vuestra atencion, y oid la voz de un hombre que os habla con especial encargo del Dios de quien es ministro indigno.

10. María santísima ve que desnudan desapiadadamente á su santísimo Hijo, que lo tienden en el árbol ignominioso, que atra-

viesan sus santísimos piés y manos con duros clavos, que lo levantan en alto poniéndolo á la vista y afrenta de todo el mundo en medio de dos ladrones, que en tan calamitoso estado es el objeto de amargas sátiras, de insultos oprobiosos, de blasfemias infernales, de la crueldad y malicia de sus mayores enemigos. Ve... Pero ¿qué digo *ve*? *Siente* mas bien en su corazon todas las heridas que cubren el santísimo cuerpo de su adorado Jesús. En su bendita alma, como en un espejo tersísimo, reflejan y se ven todos los lineamientos del dilacerado cuerpo de su amante: ella sufre, padece y sobrelleva todo el peso de los dolores, afrentas, desconuelos, desamparos, ignominias, oprobios del bendito fruto de su vientre: el eterno Padre al descargar el golpe omnipotente que destruyó al Hijo, hirió de muerte á su Madre; y aquí, amados míos, aquí como en su centro se reunieron todas las espadas de dolor que atravesaron el alma de María santísima para afligirla y atormentarla, y no es posible el comprender y explicar la grandeza del dolor que sintió esta Reina de los Mártires al pié de la cruz de su santísimo Hijo. Mira Jesús á María desde el árbol afrentoso, y pidiéndola licencia para hablar, dice lleno de amor y caridad: «Padre mio, perdona á los que me han crucificado y que me atormentan, porque no saben lo que se hacen.» Asegura al buen ladron que en aquel mismo dia estaria en el paraíso. Dirige su voz lánguida y fatigosa á su santísima Madre, y señalándola á san Juan, representante de todos los fieles que habian de componer su Iglesia santa, la dice: *Mujer, vé ahí á tu hijo*; y en seguida mirando al discípulo querido, le dice: *Ahí tienes á tu Madre*. Se queja amorosamente al eterno Padre porque lo habia privado de todo consuelo espiritual. Siente secas sus fauces, y dice que tiene sed: halla que ha cumplido exactamente la voluntad del Padre celestial, y exclama: *Todo está consumado*. Desfallecido enteramente, sin fuerzas, y en la mas penosa agonía hace un esfuerzo maravilloso, y dice levantando la voz: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*. Y dicho esto, inclinó la cabeza, espiró, murió; y María santísima estaba al pié de la cruz: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*. ¿Cómo quedaría esta Virgen afligida con esta sexta espada de dolor que atravesó su santísima alma? Sin una especial revelacion nadie puede saberlo; pero con las luces de la razon natural ilustrada con la fe aun podemos llegar á entender que María santísima sufrió al pié de la cruz de Jesús mas dolores y tormentos que todos los Mártires juntos, como lo dicen san Agustin, san Jerónimo y san Ambrosio:



podrémos afirmar con san Buenaventura, que los dolores que padeció la Virgen en su corazón fueron mayores que los que sufrió Jesucristo en su santísimo cuerpo; y añadir con san Bernardino de Sena, que si se repartieran los dolores de María santísima entre todas las criaturas capaces de padecer, morirían todas con la fuerza del dolor que á cada una correspondiese. ¿Puede esto comprenderse? ¿Hay ni puede haber despues de esto uno solo entre vosotros, que al considerar á la Madre de Jesús al pié de la cruz no confiese que en ella se reunieron todos los dolores, angustias, aflicciones, desamparos y desconsuelos que derramó el Omnipotente sobre los hijos de los hombres? ¿Y no se demuestra tambien al ver tanta desolacion que el eterno Padre tuvo que obrar un milagro propio de su poder para sostener á esta Virgen, y hacer que no muriera á los repetidos golpes mortales que hirieron su corazón y atribularon su santísima alma? Pero no, no nos distraigamos de los sucesos trágicos del Calvario; pues que aun falta la séptima espada de dolor que ha de atravesar el corazón de María santísima de parte á parte.

11. Murió Jesús á la violencia de los tormentos mas atroces; y su tierna Madre quedando viva no piensa mas que en mirar y contemplar el cadáver de su Hijo pendiente del árbol de la cruz. El sol se oscurece, la luna se ensangrienta, las piedras se parten, el velo se rasga, los sepulcros se abren, los muertos resucitan, y toda la naturaleza trastornada tiembla y se estremece al ver padecer y morir al Criador del universo. No importa: María santísima no miró mas que á su Hijo muerto en la cruz, aunque lo tiene vivo en su corazón. Mientras que no vea que el sepulcro de su Jesús adorado es tan glorioso como lo anunció Isaías, no lo perderá de vista, siempre tendrá sus ojos fijos en él como tenia su alma, sus potencias y sentidos. No, no hay que temer que ella deje al Hijo de sus entrañas expuesto á los golpes del deshonor y de la barbarie... Pero ¿qué es esto, Virgen desolada? ¿Qué nuevo dolor viene sobre vuestro corazón despues de innumerables que lo tienen tan despedazado? ¿Qué estremecimiento, qué pavor y desconsuelo aumenta la afliccion de vuestra alma atribulada hasta lo infinito? ¡Ay católicos! La lanza de Longinos abrió el costado del Hijo ya difunto y atravesó el de la Madre que milagrosamente vivia. El acero rompió las entrañas de Jesús, y María sufrió un nuevo golpe de muerte. ¿Qué harémos para consolar á esta Madre dolorosa hallándose en un estado mucho mas calamitoso y aflictivo que aquel en

que se vió el santo Job comido de gusanos en un asqueroso muladar? Si tres amigos de este ejemplar de paciencia viéndolo tan angustioso y atormentado no se atrevieron á hablarle, y por contemplar el exceso de su dolor guardaron silencio siete dias con sus noches, como se dice en los Libros santos<sup>1</sup>, ¿qué podrémos nosotros hacer en esta Virgen habiendo quedado sin la luz de sus ojos, sin el Hijo de su amor y sin el Dios y Señor de su alma? Si la decimos que se consuele porque Pilatos ha dado licencia y vienen los nobles y venerables senadores José de Arimatea y Nicodemus para desenclavar á su Hijo, emplear en su cadáver cien libras de bálsamos preciosos y darle honrosa sepultura, y la añadimos que se consuele al ver que el Centurion confiesa y dice con fuerte y solemne voz que Jesús es el verdadero Hijo de Dios vivo; que los judíos dándose golpes de pecho se retiran á sus casas compungidos; que el mundo queda redimido, vencido el infierno, destruido el pecado, y su santísimo Hijo triunfante; ella nos dirá: «¡Ah! bien, bien está todo eso. Mi alma se alegra en el Dios mi Dueño y Señor: yo alabo, bendigo y glorifico su santo nombre, y venero sus altos juicios: pero él quiere que padezca su sierva: venga á mis brazos ese Jesús de mi alma, y déjenme verlo, besarlo y abrazarlo por última vez. Ven, Hijo mio, ven á los brazos de la Madre que te adora y tanto te ama. ¿Cómo, Hijo de mis entrañas, estás muerto, dejando á tu Madre viva? ¡Oh y quién me hubiera dado el poder padecer y morir millones de veces por conservar tu vida preciosísima! Varones justos, ¿me lo queréis arrebatat para llevarlo al sepulcro? Yo iré con él. Sé que ha de resucitar al tercero dia. Yo lo acompañaré y estaré con él.» No podia ser. Se dió honrosa sepultura á Jesús, como lo anunció el Profeta, y su santísima Madre se retiró á sufrir los dolores de la soledad mas espantosa. Consideradlos y advertid que ya es tiempo de decirlos:

12. Que reunidos todos los dolores de María santísima al pié de la cruz se mostró digna Madre de Jesús, y digna Madre de los hombres. De Jesús, porque sufrió y padeció con él todos los tormentos, aflicciones y desconsuelos de su dolorosa pasión. De los hombres, porque consintió y cooperó con su santísimo Hijo á redimirlos y salvarlos á costa de los dolores y penalidades mas inauditas. Amó hasta lo infinito á su divino Hijo: pero este amor fue subordinado y dependiente de la voluntad del Padre celestial, y conforme con las leyes de la caridad, se unió con el Hijo para padecer por los

<sup>1</sup> Job, n.



hombres, y en esto resplandece su caridad, su virtud y su mérito. Es, de consiguiente, el ejemplar de las virtudes con que debemos adornar nuestras almas para asegurar nuestra dicha, nuestra ventura y nuestra gloria. Imitémosla, pues, en su paciencia, en su piedad, en su caridad, en su conformidad con la voluntad divina, y en el amor á su santísimo Hijo, y confiemos en la inefable protección que ofrece á sus devotos. Acudamos con ella al pié de la cruz: permanezcamos con María al lado del árbol de la vida y de la verdadera ciencia: aprendamos allí el arte de salvarnos, y así y solo así, ó tendremos la dicha del buen ladrón, ó nos cabrá la que tuvo san Juan cuando oyó decir á su divino Maestro: «Vé ahí á tu «Madre.» En cualquiera de estos casos aseguramos nuestra dicha, nuestra ventura y nuestra gloria, y siempre será cierto que la Virgen de los dolores hace á sus devotos virtuosos en esta vida y felices en la eterna.

13. Que sea así, Madre dolorosísima. Haced que las espadas de dolor que atravesaron vuestra santísima alma hieran las nuestras con el filo del amor divino, y nos obliguen á formar verdadero dolor de nuestros pecados, y un firme propósito de imitar en lo posible vuestras virtudes. Infundid en nuestros corazones una parte de las gracias de que disponeis en favor de vuestros devotos, y haced que nos acerquemos á la cruz de vuestro santísimo Hijo y nos convenzamos de que en ella está el manantial de todos los dones que pueden hacernos santos en esta vida y eternamente felices con Vos en la gloria. Amen.

## ASUNTOS

## PARA LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

1.º Tres circunstancias hacen inefables los dolores de María al pié de la cruz de Jesús: 1.ª la calidad de la persona afligida; 2.ª el objeto del dolor que la aflige; 3.ª la constancia de su corazón en la misma aflicción.—Quien pena es la mas tierna de todas las madres.—Ella sufre en su corazón todo lo que su Hijo padece en su cuerpo.—El amor de la vida del Hijo la hace sumamente sensible; el amor de la redención de los hombres la hace prodigiosamente fuerte: y ambos despiertan en su corazón la mas fiera tormenta.

2.º Para despertar en nosotros una afectuosa compasión de

aquel dolor que afligió extremadamente al pié de la cruz á nuestra comun Madre María, basta demostrar su desmesurada grandeza y su acerbísima intensidad, esto es: mostrar que fue: 1.º un dolor sin medida; 2.º un dolor sin alivio.—El amor es la medida del dolor: el amor de María para con su Jesús paciente fue sin medida: luego sin medida debió de ser tambien su dolor; mayormente porque le amaba con el triple afecto de madre, hija y esposa, porque sin medida era atormentado su Hijo, y porque presenciaba sus padecimientos.—No hallaba consuelo en el Hijo, cuyo penar acrecia el penar de la Madre, sin que pudiera ella aliviarle: no en el eterno Padre, que inexorablemente queria consumado el sacrificio: no en sí misma, que penaba sin el menor desahogo.

3.º El dolor de María debe medirse por su amor: y, siendo el suyo el mas grande de todos los amores, fue su congoja la mayor congoja. Sus afectos los tenia consagrados todos á Jesucristo: en él amaba por gratitud á su Bienhechor, por conocimiento á su Dios, por ternura á su Hijo. Y estas fuentes de amor se trocaron en fuentes amarguísimas de dolor.—Ella vió al varón de dolores, al herido por la mano de Dios: y 1.º buscó en él á su Bienhechor, mas no fue dado á su gratitud el reconocerle; 2.º en él buscó á su Dios, mas no supo con todo su conocimiento hallarle; 3.º buscó en él á su Hijo, mas su maternal ternura no pudo distinguirle. En una palabra, en él buscó á él mismo: *Quæsi vi quem diligit anima mea*; hé aquí los esfuerzos de su amor. Empero vano fue todo conato para hallarle: *Quæsi vi illum, et non inveni* (Cant. III); hé aquí el origen de su dolor.

*Sentencias de la sagrada Escritura.*

*Stabat autem juxta crucem Jesu (Maria) mater ejus. (Joan. XIX).*

*Non erat in ea præ stupore ultra spiritus. (II Par. IX).*

*Ponam civitatem hanc in stuporem, et erit universa terra hæc in solitudinem et in stuporem. (Jerem. XIX).*

*Vide, Domine, quoniam tribulor; subversum est cor meum in memetipsa, quoniam amaritudine plena sum. (Thren. I).*

*Audierunt quia ingemisco ego, et non est qui consoletur me. (Ibid.).*

*Magna est velut mare contritio tua. (Ibid. II).*

*Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus. (Ibid. I).*